El cielo, el paraíso y la casa de Dios

**Larry Buote,** Quebec, Canadá

En *la casa de mi Padre* muchas moradas hay.
Voy pues a preparar lugar para vosotros, Juan 14.2

 Regocijaos de que vuestros nombres están inscritos
 *en los cielos*, Lucas 10.20

 Hoy estarás conmigo en *el paraíso*, Lucas 23.43

Contenido

Figuras y nombres
El Dios del cielo
El Espíritu Santo en el cielo
El Varón en el cielo
Las criaturas perfectas en el cielo
Las criaturas salvas en el cielo
El gozo del cielo
El templo y la casa del Padre
Jerusalén, la terrenal
Jerusalén, la celestial
Betania
El monte de los Olivos
Las montañas de Dios

Figuras y nombres

El paraíso, o el huerto de Edén, fue preparado especialmente para Adán y Eva, y Dios los puso allí para que él lo labrara y lo guardara. Más adelante Él le dio instrucciones a Moisés acerca del tabernáculo y ordenó en gran detalle lo que era necesario hacer para que Él lo ocupara para morar con su pueblo. También especificó muchos detalles para el templo de Salomón y asoció gloria con éste. Después de destruido este templo en 598 a.C., se erigieron dos más, pero sin la gloria y el mobiliario del original. Ezequiel escribe de un nuevo templo que será construido, más glorioso que el de Salomón.

El monte de Sion ocupa un lugar especial en la historia de Israel y en el corazón de Dios. La ciudad de Jerusalén fue construida en y cerca de Sion y muchas profecías bíblicas están asociadas con ella. En el Nuevo Testamento Sion está asociada con la Iglesia y la Nueva Jerusalén.

Los comentaristas bíblicos han sugerido que estos lugares terrenales son figuras del cielo.

La Biblia alude al cielo como el seno del Padre y al reino verdadero como el seno de Cristo. El Señor Jesús habló del cielo como el seno de Abraham, la casa del Padre, un registro y un paraíso. Juan 1 y 14, Isaías 40, Lucas 16, Lucas 23. Este es el tercer cielo, o el cielo de los cielos, 2 Corintios 12, Deuteronomio 18.El primer cielo es las nubes y todo lo que se relaciona con la tierra. El segundo cielo es el espacio sideral donde moran los demonios. Satanás está allí también, y será echado a la tierra una vez que la Iglesia haya sido llevada a su hogar. Él fue echado del primer cielo al pecar, y muchos ángeles con él. Apocalipsis 12, Ezequiel 28.La ciudad celestial mide 2000 kilómetros en longitud, anchura y altura. El trono de Dios está en su cúspide. Él es alto y sublime, y Cristo se llama el Hijo del Altísimo. Isaías 57, Lucas 1.

Visiones del cielo

Pablo vio un paraíso, Ezequiel vio ruedas, o círculos iluminados de colores del arco iris, e Isaías vio un trono santo y sublime y criaturas resplandecientes. Juan vio una ciudad móvil de oro con paredes de jaspe y un río claro de cristal. Vio fundamentos de varias piedras preciosas con puertas de perla. 2 Corintios 12, Ezequiel 1, Isaías 6, Apocalipsis 21 Isaías estuvo abrumado por la majestad del trono y Juan cautivado por el trono asombroso. Ezequiel fue impactado por los colores extraordinarios de las ruedas. Pablo quedó tan asombrado por la visión que no quiso, o no pudo, hablar de ella.

El Dios del cielo

El Dios del cielo es Creador, Gobernador, Conservador y Señor de todo. La Biblia describe su inmutabilidad, pureza y pluralidad. El eterno morador del cielo es infinitamente bueno, santo, justo y sabio, cosa que nos ayuda a entender su dominio y qué clase de lugar debe ser el cielo.

Él se reveló como Jehová al primer escritor de la Biblia, Éxodo 6, pero las primeras palabras de las Escrituras versan sobre Elohim y no Jehová, como por lógica esperaríamos, porque la inspiración divina se impone sobre la lógica. El Dios trino se revela en las primeras páginas de las Escrituras.

Así que, la pluralidad de Dios se revela en la creación, creando al hombre un alma viviente con espíritu y cuerpo, y por ende en la imagen de Dios. O sea, fuimos creados en trinidad. Moisés escribe de Jehová en Génesis capítulo 2 y muchas veces más adelante. Él es el Dios de Israel y el Señor de toda la creación. Es Elohim y es Jehová Elohim, Génesis 1.1, 2.4. Eva lo llamó Señor, o Jehová, en el 4.1, y así Caín. Eloah es un nombre singlar de Elohim; El, o Elí, es una palabra singular más personal, y nuestro Señor la usó en la cruz. Dios era El ante Abraham en Bet-el, de manera que Bet-el quiere decir “casa de Dios”. 12.7,8. Elohim se encuentra en Isaías 42, donde vemos las tres personas de la Deidad en los vv 1 a 5. Jesús también habla de Elohim en el contexto del bautismo, Mateo 28, dando así su aprobación a la verdad del Dios trino. Hay ocasiones cuando se expresa la unidad o comunión de las Personas divinas; por ejemplo, “hagamos al hombre”, “el hombre es como uno de nosotros” y “¿quién irá por nosotros?”. Génesis 1, 3 y 11, Isaías 6

Las palabras a Moisés en Éxodo 3, “Yo soy el que soy”, fueron dichas por Jehová Elohim, el Dios trino, auto existente y eterno. Los eruditos hebreos explican que la expresión quiere decir también, “Seré lo que seré y lo que he sido”, o “Soy el que era, soy el que es ahora y soy el que vendrá”. Él declara en Malaquías 3: “Yo Jehová no cambio”. Jesús dijo: “Antes que Abraham fuese, yo soy”, y siguió siendo el mismo. El gran pronunciamiento de Hebreos 13 es: “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos”.

Dios es antes de todo y por esto antes del tiempo. Se llama el Anciano de días en Daniel 7, pero Él no es más anciano ahora que era hace un millón de años. Es eterno e inmutable; “Tú eres el mismo, y tus años no se acabarán”, Salmo 102, Hebreos 13. Es soberano y mora en esplendor perpetuo. Es toda pureza y sin tinieblas. Todo bien desciende Él. Su obra y su proceder son perfectos, de manera que el paraíso debe ser incesantemente perfecto, sin desgaste o envejecimiento. 1 Juan 1, Santiago 1, Deuteronomio 32, Salmo 18.

Jehová es omnipresente; es decir, llena el cielo con su presencia y está en todas partes. Ha escogido descender a la tierra y morar entre los hombres, pero sin abandonar su esfera omnipresente. Juan 3. Dios no puede sufrir cambio de lugar ni de naturaleza. Él es el Altísimo, Dios sobre todo, bendito para siempre.

El señor Juan Gill escribió: “El conocimiento o la comprensión de Dios es infinita. No se aumenta ni se disminuye. Él no sabe más ahora que en toda la eternidad. No ha formado en su corazón nuevos decretos y resoluciones. Sus consejos son ‘antiguos’. Él ve y declara el principio y el fin, y nada invisible puede suceder en su presencia”.

Es también Jehová de los ejércitos, *Sabaot*, un nombre mencionado primeramente en Silo y asociado con la escena santa en Isaías 6. Sabaot es la forma griega de “ejército”; el Señor es Dios de los ejércitos y salió con Israel contra los adoradores de Baal, Quemos, Moloc y Astarot. Pablo y Santiago usaron esta palabra. Jesús era el defensor de su pueblo; los defendió de falsa enseñanza y ha podido traer legiones de ángeles para defenderlos físicamente, cosa que hará cuando viene con la hueste celestial. 1 Samuel 13, Salmo 44, Romanos 9, Santiago 5, Mateo 26, Apocalipsis 19

Es el Dios viviente y en las Sagradas Escrituras está identificado por esta calidad esencial, a diferencia de los ídolos que son inanimados. Mateo 16.16, Hechos 14

El Señor da vida a sus criaturas. Sopló en Adán el aliento de vida y hoy día da vida a todos. El salmista lo llamó “el Dios de mi vida”. Él sostiene y preserva la vida. Provee las necesidades de la vida y se ocupa de sus criaturas: las aves, las bestias y los peces. Es una familia grande que requiere provisión diaria, y todos esperan en Él. “Tú les das su comida a su tiempo”. Mateo 16, Hechos 14 y 17, Salmo 42, 66, 50, 104, 145, 147, Job 10

¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! Romanos 11

“De Jehová es el reino, y él regirá en las naciones”. No sólo dirige, ejerce influencia y maneja en cuestiones de reinos y naciones, sino también en asuntos menores que los hombres poco toman en cuenta. El mitro santo sobre la cabeza del sumo sacerdote Aarón desplegaba su nombre y éste será desplegado en todos, aun sobre las campañillas de los caballos, cuando Él toma el mundo como su trono. Salmo 22, Isaías 40, Proverbios 8, Mateo 10, Zacarías 14

No admite cambio su voluntad para su pueblo Israel, ni se puede modificar sus decretos para su Iglesia. Pero el Señor desea comunión con su pueblo, y aun cuando Él ha predeterminado, quiere oir sus oraciones y responder a nuestras peticiones. Es nuestro privilegio pedir a Él, y cuando somos bendecidos, saber qué tenía en mente para nosotros. Así, su pueblo ora conforme a su voluntad, en el nombre del Señor Jesucristo.

Dios es amor y lo hace saber con enviar a su Hijo. Cuando aún éramos pecadores, Él amaba a tal manera. Nos dio vida cuando estábamos muertos en delitos y pecados; nos veía en toda nuestra impureza y estado natural, y nos da vida. Juan 3, Efesios 2,
Tito 3

Por esto, estamos seguros que el cielo es un lugar de vida inmutable, amor, seguridad, conocimiento y cuidado, por cuanto las Sagradas Escrituras y también el Hijo nos han revelado estas características del Padre y Señor del cielo.

El Espíritu Santo en el cielo

Muchas Escrituras nos exhortan a vivir y andar en el Espíritu y también nos enseñan la plenitud, morada, unción, sello, arras y libertad del Espíritu. La Biblia deja claro que el Espíritu es una fuerza divina, pero enseña también que es una persona divina. Se lo atribuyen atributos de personalidad como la inteligencia y la voluntad. Él reprende, ayuda, glorifica e intercede. Es claro que la naturaleza de estos atributos involucra una distinción personal. Hechos 2, 1 Corintios 6 y 2, 2 Corintios 3, Gálatas 5, Apocalipsis 2, 1 Timoteo 4, Juan 14, 15 y 6, Romanos 8 Lucas 12, Hechos 5, 15 y 16, Romanos 8

Su divinidad se reconoce también en el hecho que se le adscriben los nombres de Dios. Por ejemplo, la omnipresencia, la omnisciencia, la omnipotencia y la eternidad. Él está en la primera página de las Escrituras, Elohim, y está asociado con la creación. Éxodo 17, Salmo 95, 139, 104, Hebreos 3 y 9, Efesios 2, 1 Corintios 12, 2, Lucas 1,
 Romanos 8

Se lo compara con el viento, el agua y el fuego. Puede moverse como el viento, apagar la sed del alma e iluminar nuestra senda. Era una columna para guiar y desplegó su presencia en lenguas de fuego, haciéndonos recordar que “Jehová tu Dios es fuego consumidor”. Juan 3 y 7, Éxodo 13, Hechos 2, Deuteronomio 4

El Espíritu es a la vez el Consolador, Guía y Acusador. Es la espada en el combate, el aceite en la lámpara y el siervo sin nombre que busca la esposa. Él se movía en la creación y contendía con el hombre antes del diluvio. Era participante en toda obra mayor de Dios: la creación, el nacimiento virginal, el comienzo del ministerio del Señor, la resurrección, el nacimiento de la Iglesia y la inspiración de la Biblia. Efesios 6, mateo 25, Génesis 24, 2 Pedro 1

Su obra futura incluirá su plena manifestación a Israel y la restauración de toda la tierra. Isaías 44, Joel 2, Zacarías 12

El Padre aceptará solamente la adoración inspirada por el Espíritu. Nuestro Señor Jesús intercede por nosotros en el cielo y el Espíritu lo hace en la tierra. Él revela a Cristo a nuestro espíritu, o mente; escudriña todo y la Biblia es un tesoro inaccesible sin Él. Su ministerio hoy día es con la Iglesia, donde reina, enseña y guía a toda la verdad. Llama obreros al ministerio y forma líderes en las iglesias locales. Juan 4 y 15, Filipenses 3, 1 Corintios 2, 12 a 14, Hechos 13 y 20

Podemos entristecerlo y apagarlo. Él se entristece cuando introducimos la voluntad nuestra en la obra suya, o cuando no respondemos a su iniciativa. No hay un nuevo nacimiento ni salvación sin Él. Efesios 4, 1 Tesalonicenses 5, Juan 3

Pedro llamó al Espíritu Santo “Dios”, y Pablo y Lucas también. Hechos 5, 1 Corintios 2, Hechos 28

Muchas de las escrituras aludidas aquí dejan claro que el Espíritu Santo está en la tierra hoy día, pero Juan nos asegura que el Espíritu está en el cielo también: “Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno”. 1 Juan 1

El Varón en el cielo

Escribe Santiago: “Tú crees que Dios es uno: bien haces”. “Antes de mí no fue formado dios, ni lo será después de mí”, Isaías 43. Pablo afirma: “Hay un solo Dios”, 1 Timoteo 2. Él es El-Shaddai, el todo suficiente que no tiene necesidad de nada. En Él, por Él y para Él son todas las cosas.

La falsa doctrina ariana afirma que hay un Dios supremo y dos dioses inferiores y subordinados. La falsa doctrina sabeliana afirma que el Padre se encarnó, sufrió y murió, y que Jesucristo era tanto Hijo como Padre. Otra doctrina falsa afirma que Padre, Hijo y Espíritu eran simplemente nombres diferentes de una misma persona. La doctrina triteística afirma que hay tres dioses, de quienes dicen que son uno, así como creen comúnmente hoy día hombres que tienen las mismas convicciones sobre una filosofía en particular.

Bien se ha escrito: “Hay una esencia divina, indivisa y común al Padre, Hijo y Espíritu Santo. Y, hay tres personas diferentes y distintas. La esencia entera mora en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu”. Debido al núcleo único, hay un Dios. “Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es”. De manera que los muchos nombres de Dios son identidades de uno y el mismo Dios. El Espíritu le habló a Isaías. Colosenses 2, Deuteronomio 6, Éxodo 17, Números 21, 1 Corintios 10, Jeremías 23, Zacarías 12, Isaías 6, Hechos 28

Esta doctrina no sólo era entendida por los primeros cristianos sino también reconocida por muchos maestros hebreos de la antigüedad. Solamente el Señor Dios dice de sí: “Yo soy el primero, y yo soy el postrero”, un título que Jesús toma para sí mismo en Apocalipsis 1. En Isaías 44 el Señor Dios dice ser el Redentor, un nombre adscrito varias veces al Hijo. El Dios de Israel es el Salvador y Cristo es el Salvador que invita a todos a venir a Él para la salvación. Y, puede ser dicho del Hijo, “Yo soy Dios, y no hay más”. Isaías 44 y 45

Los apóstoles creían esta verdad y llamaron al Hijo “Dios el único soberano” y “el verdadero Dios”. El Anciano de días, con vestidura blanca como la nieve, quien fue visto por Daniel, era y es Jesús, el Hijo de Dios. Judas 1, 1 Juan 5, Daniel 7, Apocalipsis 1 El Padre mismo llamó a su Hijo “Dios” y el Hijo se unió al solo Dios verdadero sin pensar que era atrevimiento ser igual a Aquel de la misma naturaleza, poder y gloria. Hebreos 1, Filipenses 2

Pero el Hijo se humanó de veras. Se despojó a sí mismo; fue hecho carne. Dios no cambió su naturaleza a una naturaleza divina al nacer, ni devino en una tercera naturaleza de las dos naturalezas de Cristo. El Hijo siguió siendo lo que siempre era y se hizo lo que no era, un hombre. Filipenses 2, Juan 1

El Hijo eterno está exaltado ahora a la diestra del Padre, y aun sus padecimientos y muerte no cambiaron su naturaleza y esencia. Él tomó para sí una naturaleza humana para poder sufrir y morir por el pecador. Devino en un mediador único entre Dios y el hombre. Cristo “fue hecho” distinto de Dios por esta razón. Pero si no es Dios, igual y de la misma esencia, no puede poner las manos sobre Dios y hombre para hacer la paz y reconciliación. Debe hacerse hombre para morir. Debe ser Dios para expiar totalmente aun los pecados no cometidos todavía por generaciones no nacidas. 1 Timoteo 2

Grande es el misterio de la piedad. Dios fue hecho carne. 1 Timoteo 3 Las manifestaciones en la forma de hombre en el Antiguo Testamento declaran que el Señor Jesucristo era antes de Belén. Uno de los tres ángeles / hombres en Génesis 18 es llamado el Señor. Cristo se reveló a Abraham y luego a Moisés. Si bien la expresión “ángel de Jehová” posiblemente no se refiera siempre a Jesús, si lo hace en muchos pasajes. Él vino para anunciar a Abraham el juicio de Sodoma, el cual es figura del juicio por venir que el Señor Jesús ejecutará al ser revelado desde el cielo en fuego. Él se reveló a Jacob y cambió su manera de caminar de por vida. Vino a Josué como defensor de Israel, y así hará cuando el redentor jinete viene a rescatar a su pueblo terrenal. Hebreos 11, 1 Tesalonicenses 2, Génesis 32, Apocalipsis 19

Otra manifestación de Dios en el Antiguo Testamento es por medio de nubes. Después del cruce del Mar Rojo, todo el pueblo vio una nube para asegurar a todo Israel de la protección divina. Había también la nube por encima del propiciatorio. El incienso del altar de oro esparcido sobre los carbones del altar de bronce formó esta nube de humo donde Aarón se reunía con Jehová. Esta es la escena en Isaías, donde el humo es la misma nube que Aarón veía en el día de expiación. Las nubes de la transfiguración y la ascensión sin duda vinculan a nuestro Señor con las manifestaciones en nubes en el Antiguo Testamento, ofreciendo otra prueba de la deidad de Jesús de Nazaret.

El Señor Dios se reveló a Moisés en la zarza ardiente y Juan vio los pies de Cristo como bronce bruñido, refulgentes en el horno. El fuego es simbólico de un proceso. (El oro se refine en fuego). Fuego fue manifestado a Isaías, Ezequiel, Moisés y Juan. Así, Jehová, Jesús y el Espíritu Santo son un mismo Dios, el fuego consumidor. Éxodo 3, Apocalipsis 1 y 3, Hechos 2, Deuteronomio 4

También, Cristo se revelaba oralmente. Adán oyó su voz, y así varios varones de Dios. Se oyó una voz como de trueno en el Sinaí, y Elías oyó una voz apacible. Aquella palabra o voz se hizo carne, haciéndonos ver que la voz oída era sin duda la de Cristo Jesús. Juan escuchó aquella dulce voz en el aposento alto, pero dijo luego que la voz era como trueno y como estruendo de muchas aguas. Éxodo 19, 1 Reyes 19, Juan 1, Apocalipsis 1

Ahora Dios ha puesto su Hijo sobre el cielo entero y lo pondrá sobre la tierra en la edad milenaria. Todos verán su exaltación y glorioso reino, cuando todo pecado visible sobre la tierra será juzgado. Su reino será un reino eterno, pero habrá un intervalo después de mil años. Durante esa interrupción se juntarán y serán juzgados los seguidores de Satanás y él mismo será encarcelado. La tierra existente será destruida y se realizará la resurrección para juicio. La tierra nueva será una renovada apertura del Edén, pero sin serpiente y sin árbol como prueba. Lucas 1, Apocalipsis 20

Las criaturas perfectas en el cielo

Aun cuando hemos escrito un poco acerca de la naturaleza y el carácter de Jehová Elohim, es imposible para nuestras mentes finitas comprender totalmente la majestad infinita y el ser de Dios.

“¿Descubrirás tú los secretos de Dios? ¿Llegarás tú a la perfección del Todo-poderoso?” Job 11

Sin embargo, las criaturas celestiales pueden ayudarnos a entender el carácter de Dios y la naturaleza del cielo. Pedro escribe que las personas salvadas son participantes de la naturaleza divina. Los ángeles también son participantes de esa naturaleza, porque Dios es el Padre de los espíritus. 2 Pedro 1, Hebreos 12, Lucas 24, Judas Los ángeles son seres espirituales y sobrenaturales, sin cuerpo, sangre ni huesos. Son incorruptibles por no tener materia, pero están expuestos a corrupción moral; los ángeles que pecaron fueron echados al infierno.

Los querubines y los serafines son poderosas criaturas descritas por el Señor a Moisés y vistas por Isaías. Han aparecido también en forma humana. Los cuadros y las esculturas se basan en estos dos hechos. La imaginación de los hombres se ha desviado de las Escrituras para hacer ángeles bebés y ángeles de pelo largo. Los bebés no se hacen ángeles sino tendrán completa madurez en el cielo, y todo anciano al morir volverá a la flor de la vida en el paraíso. Los ángeles han asumido formas humanas, pero solamente como varones, y “al varón le es deshonroso dejarse crecer el cabello”.

Los querubines y los serafines son las únicas criaturas en el cielo con alas; otros ángeles no requieren alas para volar, o de otro modo nosotros precisaríamos de alas en la resurrección, cosa que sabemos ser falsa. Los serafines de seis alas que Isaías y Juan vieron eran criaturas en “llamas de fuego” y son ministros especiales de Dios. Salmo 104, Isaías 6, Apocalipsis 4 y 15 Los querubines son criaturas asociadas con la administración de la justicia de Jehová. Por ejemplo, imágenes esculpidas de querubines estaban colocadas sobre el arca del pacto y dos querubines guardaban vigilia sobre el árbol de la vida fuera del huerto de Edén.

Estos seres celestiales se caracterizan por una mayor semejanza a Dios que tienen los hombres. Ezequiel, Isaías, Daniel y Juan los vieron como seres inteligentes con comprensión de cosas naturales y espirituales. Tienen poder de voluntad y son agentes obedientes. Pueden mostrar misericordia, simpatía y amor.

Ángeles se regocijaron en la creación. Leemos de una gran multitud presente en el nacimiento del Señor y más 72 mil estaban cerca poco antes de su muerte. Hay miríadas relacionadas con la Iglesia y muchos participarán en la futura venida del Monarca Salvador. Se interesan en nuestra predicación del evangelio, en el ministerio de sumisión de las hermanas y en el orden en la asamblea. Job 38, Hebreos 12, Efesios 3, 1 Pedro 1, 1 Corintios 11

Algunos ángeles tienen gran poder, aun para destruir ciudades y ejércitos. Efesios 1 y 3, 2 Reyes 19, Génesis 19, 2 Samuel 24 Otros ángeles eran servidores de Cristo en los días de su carne. Son adoradores y estudiantes. Tienen comida y son “ministradores … para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación”. Mateo 1, 1 Corintios 11, Salmo 78, Hebreos 1

Gabriel, el ángel mensajero en jefe, y Miguel, el ángel militar, son los únicos ángeles nombrados en las Escrituras. Gabriel anunció la venida del Señor y gritará con la voz de mando de Miguel en el regreso del Señor. Daniel 8, 9 y 12, Judas, Apocalipsis 12, Lucas 1, 1 Tesalonicenses 7

Las criaturas salvas en el cielo

Gabriel, Miguel y millares de ángeles moran en el cielo, pero también están Moisés, Elías, el ladrón crucificado, el mendigo Lázaro y muchos otros pecadores salvados. Todo niño que muere sin ofender a Dios intencionalmente está en la ciudad y en la casa del Padre. Con base en la obra salvadora de Cristo, hay para ellos un lugar comprado y preparado, y también por todos los culpables que se han aplicado por fe la sangre preciosa de Cristo.

Muchos que son de la Iglesia están en el cielo ahora y en espera de sus cuerpos glorificados. El mártir está allí; mataron su cuerpo pero no podían matar su alma. Pablo está allí; el cielo no fue ninguna sorpresa para él, porque según 2 Corintios 12 él había estado antes. La religiosa Lidia de Hechos 16 está allí, y así también el nada religioso carcelero. Ambos oyeron el evangelio y fueron salvos. Sus almas están en el paraíso por ahora y sus cuerpos glorificados serán unidos con sus almas en la resurrección.

La muerte es un espanto para cada alma perdida, pero para el creyente puede ser considerada una salida del encierro de un cascarón. Nuestro cuerpo es una cárcel que nos aleja de la vida verdadera. Así como un ave deja su cascarón, que será enterrado, también el creyente deja su cuerpo al morir. A diferencia del ave que nunca volverá a ver su cascarrón, el creyente recogerá su cuerpo “inmortalizado” al resucitarse.

El gozo del cielo

A menudo se atribuye el gozo a personas en la Biblia. Hay el caso de Jacob cuando le llegó la noticia que José estaba vivo, y el de los discípulos al oir de la resurrección de Cristo; ellos, “de gozo, no creían”.

Si el hombre está creado en la imagen de Dios, entonces Él debe complacerse en los eventos y las personas en la creación. Se contentó en la creación y todavía se ocupa de ella. Se contenta en sostener todas las cosas por la palabra de su poder. Muchas veces comparte este gozo con otros, para quienes también es placentero contemplar los detalles incomparables de la gran obra de la creación. Juan 5, Salmo 8 Hay una profundidad de sabiduría, conocimiento, hermosura y armonía que refleja la gloria de Dios y la pequeñez del hombre.

Pero en su presencia hay plenitud de gozo a causa de su Hijo, quien está ungido, glorificado y exaltado. El Padre se deleita en su Hijo, quien es “el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia”, ante quien Él siempre se regocijaba, aun antes de existir criatura alguna. Filipenses 2, Hebreos 1, Proverbios 8

La obra de redención debe ser un placer especial en el cielo. Dios se regocija cada día en el arrepentimiento de pecadores, y le agrada desplegar su amor, gracia, misericordia y sabiduría infinita, como también su verdad, fidelidad, santidad y justicia. La salvación de su pueblo estaba en su corazón desde la eternidad. Él se contenta en su pueblo, contemplando su hermosura, que es todo glorioso en su morada. “Se complace Jehová en los que le temen, y en los que esperan en su misericordia”. Salmo 147, Lucas 15, Efesios 2, Isaías 19 y 60

El Todopoderoso se complace en su Hefzi-ba, su Beula, como el gozo del esposo con la esposa. Israel, su pueblo especial por pacto, era culpable y contaminado, pero toda virtud que es Cristo es dada ahora a los suyos. Isaías 62, Jeremías 32

También, el Hijo de Dios tiene su delicia con los hijos de los hombres, después de toda la tristeza y los sufrimientos. Siendo ya el Autor de eterna salvación, Él ha encontrado a su pueblo perdido. Hay gozo en el cielo ahora y habrá más en el día que venga para iniciar su desposorio con ellos. La esposa es el deleite suyo y su corona de gozo, y lo será cuando sea llevada a su presencia y ante el Padre. Y habrá, dice Judas, “gran alegría”. Proverbios 8, Hebreos 12, Cantar 3, Apocalipsis 19

Hoy día los residentes del cielo participan del mismo gozo y están regocijándose en esa obra, ese poder y esa plenitud de Dios. Hay contentamiento y satisfacción en la ciudad de oro, “alabanza y magnificencia delante de él, poder y alegría en su morada”, 1 Crónicas 16.

Hay el regocijo de ver de nuevo a seres amados. Pablo les asegura a los tesalonicenses que los creyentes que murieron antes de establecerse el reino no van a perder el reinado glorioso de Cristo. Estas palabras hubieran sido de poco consuelo si esos hermanos no iban a conocer los suyos en el cielo. Moisés y Elías eran identificables en el monte de la transfiguración, haciéndonos saber que no sólo vamos a conocer a los nuestros, sino a todos los creyentes.

El señor Ironside escribió acerca de 1 Corintios 13: “Conoceré a los demás y todos los misterios en aquel día por venir, aun así como Dios me conoce ahora y me ha conocido a lo largo de los años”.

Dios se complace también en cuidar a los suyos que van al cielo, y en ordenar las cosas para nuestra felicidad en los propósitos suyos. “Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien”. Hay gozo para nosotros también al recibir respuestas a nuestras oraciones y fuerzas renovadas. Salmo 23, Jeremías 32, Romanos 8

El templo y la casa del Padre

El tabernáculo en el desierto es el primer “templo construido”, es decir, donde se dio instrucción específica sobre una morada para Dios en la tierra. El magnífico templo de Salomón requirió siete años para su construcción y fue terminado en 1005 a.C. Medía 41m X 19m. Pero Nabocodonosor lo destruyó en 598, prendiendo fuego al edificio y llevando su mobiliario a Babilonia. 1 Reyes 6, 1 Crónicas 3, 2 Reyes 24, 2 Crónicas 36, Isaías 64

Hubo gran regocijo cuando Zorobabel, Jesúa, Nehemías y muchos otros del cautiverio comenzaron a edificar el templo de nuevo en 539 a.C. Obstáculos locales fueron superados, permitiendo terminar la obra en 516. A diferencia del templo de Salomón, que contaba con diez candeleros y diez mesas, el templo reconstruido tenía una sola lámpara y una sola mesa para los panes. El altar de incienso y algunos otros vasos tomados del templo de Salomón fueron restaurados por el rey Ciro y devueltos al templo en Jerusalén.

Ese templo sufrió mucho deterioro y ataques de ejércitos hostiles a lo largo de 500 años. El rey Herodes, dispuesto a complacer los judíos, inició una reconstrucción masiva en 18 a.C. La parte principal de la estructura fue construida en diez años pero la composición de los atrios exteriores y el remate del conjunto continuaron en toda la vida de nuestro Señor sobre la tierra. La historia seglar nos informa que el proyecto fue terminado en el año 65, pero unos cuarenta años después de la crucifixión del Señor el templo fue destruido de nuevo, como Él había predicho. Tito, un general romano, dio órdenes de no tocarlo, pero la palabra del Señor nunca está errada. De alguna manera ese templo fue consumido por llamas en 70, y nunca fue reconstruido.

Las dimensiones del templo de Ezequiel eran similares a las de Salomón pero con detalles diferentes para los atrios y las puertas. Los cinco templos son uno,
y comparables a la casa del Padre. El Señor Jesús conoció las puertas interiores
y exteriores, los atrios interiores y exteriores, las palmeras, las recámaras interiores
y las mesas. Él enseñó a sus discípulos acerca de la comunión celestial y las moradas y recámaras. La lección de los tesoros también se basa en el templo. “Metió Salomón lo que David su padre había dedicado, plata, oro y utensilios; y depositó todo en las tesorerías de la casa de Jehová”. Sebuel, nieto de Moisés, estaba a cargo de los tesoros del templo, y el Señor habló de hacer tesoros en el cielo. Ezequiel 40 y 43, Mateo 6, Juan 14, 1 Reyes 7, 1 Crónicas 26

El altar de incienso en el templo, los candeleros de oro puro y las mesas para los doce panes también nos hablan de la luz, adoración y comunión del cielo. 1 Reyes 6 y 7, Salmo 141, 2 Crónicas 3 Las dos columnas, Jaquí y Boaz, y el velo de azul, púrpura, carmesí y lino traen a la mente los recuerdos de las bellezas reales asociadas con el templo.

Hay diferencias entre lo terrenal y lo celestial. Los templos de Moisés, Salomón, Zorobabel, Herodes y Ezequiel bajo el primer pacto son solamente sombras del celestial. Pero como hemos considerado y vamos a considerar, definitivamente hay similitudes. El sacerdote del Antiguo Testamento que conocía el concepto del tabernáculo y el templo posiblemente esté contemplando ciertas semejanzas en este momento. Quizás Salomón, quien conoció el templo terrenal y estaba asociado con él, esté comparando su “plano” con el diseño celestial.

El Padre cuida su creación desde su templo; es allí donde toma todas las decisiones y donde reside todo el poder. La autoridad eterna y la preeminencia de Jehová Elohim controlan cada átomo. “Todas las cosas en él subsisten”. Él levanta hombres y poderes para cumplir su propósito. Él toma nota de cada pájaro que cae y se interesa por los niñitos. Colosenses 1.17, Lucas 9

Esa casa es donde vive el Administrador divino. Es donde los agentes voladores (los serafines) están cubriendo los rostros. Es donde vivía el Hijo antes de Nazaret, y donde está Él ahora, y donde millones de espíritus perfeccionados lo acompañan. Hebreos 12 Es donde está el trono, que es ahora un trono de gracia por Aquel que está sentado allí. Pronto se levantará y la gracia terminará para este mundo.

Se ven las doce tribus de Israel y los doce apóstoles en las veinticuatro sillas en derredor del trono de Dios. Estos hombres desempeñarán una parte significativa de la administración en la nueva era del reino. Estas características gubernamentales revelan el orden y el concepto legislativo del cielo. El caos y el desorden universal son consecuencias del pecado y han destruido el templo de Dios sobre la tierra, pero nunca pueden alcanzar el cielo. Más bien, el cielo vendrá a la tierra y la purgará y la santificará. Apocalipsis 4

Ezequiel fue llevado a esta casa y vio visiones de Dios. Isaías fue trasladado a este trono y Juan a la ciudad. El trono del Padre es donde toda rodilla se dobla ahora. En la edad milenaria toda rodilla en la tierra se doblará ante el nombre de Jesús, y luego todo el infierno se doblará ante el gran trono de juicio. Filipenses 2, Apocalipsis 20

Jerusalén, la terrenal

Ninguna ciudad ha movido los profetas, motivado reyes e inspirado escribas como la ciudad de Jerusalén. Hoy, los judíos todavía son atraídos a ella y la llaman su tierra. Muchos salmos revelan pensamientos de judíos desplazados durante los largos siglos de la diáspora. Este anhelo profundo de Israel para con Jerusalén y el templo ha inspirado numerosas profecías, muchas de ellas no cumplidas aún.

“Vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid y subamos a la casa el Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová”. Isaías 2

El Señor también amaba la ciudad y lloró sobre ella. Caminaba en sus calles y tomó la pascua con sus discípulos en el aposento alto. Era visto en el templo y su entrada triunfal en la ciudad había despertado esperanza a un pueblo esclavizado, pero su muerte “fuera del real” truncó sus esperanzas y hasta los creyentes auténticos dudaban de la promesa bendita acerca de un Rey profetizado. Pero Él caminará aquellas calles de nuevo, como leemos en los Salmos 2 y 24.

Su primera mención es en los días de Melquisedec, quien salió al encuentro con Abraham y lo bendijo. Melquisedec era sacerdote / rey de la ciudad, conocida en ese entonces como Salem. Jerusalén está construida sobre varias colinas y está situada en una de las elevaciones más altas en Palestina. Posiblemente Moriah sea la más conocida, y aquí Abraham ofreció Isaac, pero el ángel lo refrenó. Años más tarde otro ángel que vino a juzgar a Jerusalén fue visto por David en ese mismo monte. En vista de esos acontecimientos memorables, Salomón construyó el templo en Moriah. El palacio de David quedaba cerca, y en Ofel estaban “la torre del rebaño” y la residencia de los levitas. Génesis 14, Salmos 68 y 125, 2 Samuel 24, Miqueas 4

Los historiadores nos explican que el nombre Jerusalén quiere decir “fundamento”, o “la herencia de paz”. Rabinos antiguos han combinado Jireh y Salem, y dicen que Abraham la llamaba Salem pero Dios juntó los dos términos para formar Jireh-Salem, o Jerusalén. Fue por elección divina que Palestina fuese el país del pueblo de Dios y Jerusalén su capital. Ubicada entre el Este y el Oeste, y entre las grandes monarquías militares –primeramente Egipto y Asiria y luego Roma y el Este— devino naturalmente en el campo de batalla de las naciones y la carretera del mundo.

Ninguna ciudad ha inspirado tanto al israelita y ninguna estructura era tan sagrada como su templo. Un período por demás favorable en los anales de Israel es la escena de un pueblo marchando a Jerusalén con sus himnos de alabanza en la víspera de las fiestas de cosecha.

Desde cualquier lado que el viajero se acercara, su primera impresión de Jerusalén sería conmovedora. Pero para todos que transitaban el muy usado camino por el monte de los Olivos, llegando desde el este, la ciudad no estaba visible y se aparecería de repente. Nuestro Señor entró victoriosamente en Jerusalén valiéndose de este camino. Desde el monte de los Olivos se podía ver toda la ciudad de Jerusalén con sus murallas, torres, calles y magnífico templo. La ciudad era de unos 6,5 km en circunferencia y abrigaba unos 600.000 judíos, pero, según los historiadores judíos, en época de pascua contaba con quizás dos millones.

Cada casa en Jerusalén estaba abierta a los viajeros que venían a adorar. La ciudad santificada era donde se celebraban las fiestas de Jehová y los sacerdotes oficiaban. Se cuidaban de no dejar que ningún cuerpo muerto quedara en ella hasta la mañana. No se sembraban huertos, acaso el olor de verdura podrida contaminara el aire. Tampoco se construían hornos, porque sería contaminante un humo que no fuera del santuario o las ofrendas.

Dicen los rabinos: “El mundo es como un ojo. El océano que lo envuelve es el claro del ojo; el iris es la tierra prometida; el pupilo es Jerusalén y la imagen dentro del pupilo es el santuario”. “Hermosa provincia, el gozo de toda la tierra, es el monte de Sion, a los lados del norte, la ciudad del gran Rey. Andad alrededor de Sion, y rodeadla, considerad atentamente su antemuro. Mirad sus palacios; para que lo contéis a la generación venidera”. Salmo 48

Una renovada Jerusalén terrenal será el centro de atracción en la edad milenaria. Nuestro Señor habló de un gran número que entrarán en aquel reino terrenal. Posiblemente Jerusalén será un puerto marítimo, y todas las naciones vendrán a ella para adorar. Lucas 13, Zacarías 14, Ezequiel 47

Jerusalén, la celestial

¿La Nueva Jerusalén está situada en el paraíso? ¿La casa está en la ciudad y el trono en la casa? ¿Sería especulación presumir que este sea el orden en el cielo? ¿O la ciudad y el paraíso son uno y el mismo? Si la ciudad es simbólica de la Iglesia, ¿por qué Abraham, que no sabía nada de la Iglesia, pasó mucho de su vida buscándola?

De esto estamos seguros, las Escrituras emplean lugares literales en la tierra para instruirnos acerca del cielo: los huertos desarrollan nuestro concepto del cielo como un paraíso. Leemos que fue Dios mismo quien plantó el huerto de Edén y el Nuevo Testamento dice que nuestro Señor deseaba pasar tiempo en el huerto de Getsemaní y el monte de los Olivos.

La ciudad celestial será el hogar de los salvos, así que es un lugar de seguridad y afecto como el seno de Abraham. Nuestro Señor enseñó que los ángeles llevaron el mendigo a ese lugar cuando la ciudad estaba cerrada todavía al hombre. Abraham esperaba esa ciudad construida por Dios, en la tierra, y ahora la ha encontrado, en el cielo, Hebreos 11. Sin duda los templos en la Biblia ilustran la presencia santa de Dios, así que estar en la casa o templo del Padre será disfrutar de su presencia y sentarse “delante del Señor”.

Las dimensiones de la Nueva Jerusalén, Apocalipsis 21, han sido expresadas como aproximadamente 2000 kilómetros de longitud, anchura y altura. Es cuadrada, proclamando la culminación o la realización perfecta de la labor de Elohim con la humanidad. Es el hogar de la esposa y del Israel arrepentido. La salvación de ambos fue ordenada y diseñada de antemano para caber en la ciudad, y no la ciudad hecha para que quepan los redimidos.

El conocimiento anticipado de Dios es clara y las Escrituras nos explican que la Iglesia e Israel estaban en la mente suya aun antes de la salvación de una sola alma, así que la Nueva Jerusalén fue construida antes de nacer los hijos de Jacob o aun los doce apóstoles, y aun antes de que fuese creado el mundo. La inspiración divina grabó los nombres de veinticuatro hombres en las bases y las puertas miles de años antes de nacer ellos, y nuestros nombres fueron escritos en el libro de la vida antes de nuestro nacimiento. Efesios 4, Apocalipsis 17

Pero observamos que los nombres en los cimientos no son de los hijos de Jacob, como era de suponer, sino de los apóstoles. Esto indicaría que la Iglesia era el “fundamento” y estaba en la mente de Dios antes de Israel, y que Israel era el medio por el cual se engendraría la Iglesia.

Abraham esperaba esta ciudad y la encontró al dejar su tienda terrenal. Su visión no era una ciudad con un cimiento, como necesariamente tiene toda ciudad, sino esperaba una con fundamentos. Pareciera que el Espíritu le reveló a Abraham una ciudad con doce cimientos, la Nueva Jerusalén que Abraham buscaba y está disfrutando actualmente.

Esta Nueva Jerusalén se contrasta con Babilonia, la más destacada ciudad terrenal de su tiempo. Medía 2400 kilómetros de altura y anchura, construida en ambas riberas del Eufrates. Un río fluye también a través de la ciudad celestial, pero su longitud es de 2000 kilómetros y así su anchura y su altitud. Apocalipsis 18 y 22

La Nueva Jerusalén se contrasta también con la madre de rameras, que es el sistema eclesiástico falso. Ella promete salvación a las naciones a cambio de prestigio, fama y riquezas. La esposa invita a las naciones a beber ampliamente del agua de vida, pero no busca riquezas ni fama Apocalipsis 17 y 21

Juan escribe también de un contraste entre dos criaturas: la bestia y el Cordero. La bestia obligará a los hombres adorarle una vez que Satanás sea echado a la tierra en los días de la angustia de Jacob. Satanás no puede hacer eso ahora; voluntariamente, los hombres le siguen a él o al Cordero.

La ciudad descenderá del cielo, primeramente sobre la tierra y después hasta la tierra nueva. La primera ciudad, Babel, que quiere decir “confusión”, ascendía de los hombres, Génesis 11, y la confusión ha circulado a lo largo de siglos, impulsada por hombres de toda época. La ciudad celestial (la opuesta a la confusión) descenderá hacia la tierra y será de Dios.

Jacob vio ángeles ascendiendo y descendiendo del cielo, y será así en la edad milenaria. Ángeles y hombres con cuerpos glorificados ascenderán y descenderán de la ciudad celestial. El monte de transfiguración nos da otra visión anticipada de aquel día glorioso, cuando hombres mortales verán hombres resucitados en Israel. El Señor enseñó a sus discípulos a orar, “Hágase tu voluntad en la tierra así como en el cielo”, y esto sucederá en aquel entonces, cuando el cielo y la voluntad de Dios vendrán a la tierra. Génesis 13, Mateo 17

La extensión de la ciudad y los millones que abrigará revelan la grandeza de Dios. El oro y las grandes riquezas asociados con la ciudad nos hacen recordar a Aquel que se hizo pobre, siendo rico, para que nosotros fuésemos enriquecidos. Los extremadamente pobres, como el mendigo Lázaro, ahora son extremadamente ricos. Su descenso a la tierra nos recuerda que la voluntad de Dios era siempre morar con los hombres: en el Edén, en el templo, en la Iglesia y por último en la Nueva Jerusalén.

La casa está en el centro del orden perfecto. La esposa es el centro de los efectos del Señor y siempre estará en el centro del cielo estructurado por Dios. La casa es también donde está establecido el trono o el gobierno de Dios y donde sus agentes voladores cubren el rostro. La casa es donde el Hijo vivía antes de venir a la tierra. Es donde se encuentra nuestro hogar, donde nuestro nombre está escrito y donde dentro de esa mansión se guarda nuestro tesoro.

Edén era un lugar de hermosura, paz y reposo, pero el paraíso existía antes del Edén. Se disfruta ya en el huerto celestial la vida abundante ofrecida a Adán, como ángeles la disfrutaban en la eternidad pasada. El paraíso celestial es un lugar intangible, hecho para espíritus, que no necesitan bienes materiales para su felicidad, así como el Edén fue hecho tangible para el disfrute físico del hombre.

El ladrón convertido, Lucas 23, quería reinar con el Señor pero éste le dio reposo en un paraíso hasta el reinado. Así el Señor Jesús hace saber quiénes van al paraíso. Pablo fue arrebatado hasta el tercer cielo y nos dice dónde está el paraíso, 2 Corintios 12. Él vio un lugar lleno de la gloria de Dios, una gloria que no admitía palabras. Y Juan escribe, Apocalipsis 2, acerca de un árbol de vida y de esta manera nos dice qué se encuentra allí. El árbol, símbolo de la vida eterna, se perdió en Edén pero nunca se perderá en el Edén celestial.

Este cuadro tridimensional –el paraíso, la ciudad y la casa—nos recuerda del tabernáculo con su atrio, lugar santo y lugar santísimo. El apóstol acota en Hebreos 8 que era una sombra de cosas celestiales.

Betania

Cada pueblo visitado por nuestro Señor tiene una fragancia celestial, pero una escena más tierna está asociada con Betania. Hoy día se llama El Azarlayah, el pueblo de Lázaro. Había un camino empedrado de Betania que subía del Olivar y bajaba hasta Jerusalén, donde nuestro Señor anduvo muchas veces. En los últimos días de su ministerio, Él camino a Jerusalén y volvió a su alojamiento en Betania en el atardecer.

El nombre Betania quiere decir “hogar de dulzura”; algunos dirían casa de dátiles o de tristeza. Localmente, el nombre significa pobreza, lo cual cuadra con el dicto del Señor: “Bienaventurados los pobres en espíritu”. Uno con pobres pensamientos de sí no es orgulloso. “Dios resiste a los soberbios”. Él enseñó sus discípulos que en su reino se encuentra una gente diferente de la del mundo. “El que es el más pequeño entre vosotros será el mayor”.

Betania era donde la mayor bienvenida recibía. Su genuina humanidad deseaba comunión y amor. Él se deleitaba en estar entre amigos, y ellos lo extendían hospitalidad y el calor de su hogar. La casita en Betania era “un cielo” para Él en un mundo que lo rechazaba. Marta servía, María adoraba y Lázaro se sentaba a la mesa en silencio. ¿Qué será sentarse quitamente en el cielo, a la mesa con Jesús, disfrutando de su compañerismo y oyendo sus palabras? María rompió su cajita de alabastro, de preciosa dulzura, sobre su persona. Era muy costoso, pero la derramó en devoción.

Esta es la adoración que caracteriza al cielo, que no se detiene para calcular el costo, sino le da todo a Dios. En la casa de pobreza nuestro Señor encontró rico servicio, comunión y adoración. La palabra a Marta también nos hace pensar en el cielo. “¿No te había dicho que si crees, verás la gloria de Dios?” Actualmente millones están contemplando la gloria de Dios. Leían, confiaban y esperaban mientras estaban aquí, y ahora lo ven en su gloria.

El monte de los Olivos

El Olivar era el lugar más agradable y más resguardado acerca de Jerusalén. Sin duda tenía una semejanza al huerto de Edén, donde la naturaleza se extendía a los campos con sus frutas y flores y donde crecían los cipreses y los pinos. Muchos acudían a este retiro sombreado desde Jerusalén para meditar, Jesús y sus discípulos entre ellos.

Getsemaní era un patio de olivares al pie del monte. Allí se extraía el aceita de las aceitunas, y allí su alma fue “exprimida” y su agonía se hizo ver. Marcos 14, Juan 18, Lucas 22

El sudor en el rostro de Adán fue consecuencia del pecado: “Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer, y comiste … maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida”. La contemplación de la paga necesaria por el pecado traía sudor al rostro de Adán. La única otra referencia a sudor en las Escrituras está en relación con la vestidura del sacerdote, quien no debía poner nada que lo haría sudar. Ezequiel 44 El sudor del hombre no hará nada para quitar sus pecados; solamente la sangre preciosa de Otro debe ser derramada, y la meditación de esa muerte expiatoria produjo el sudor como sangre en el rostro de Cristo.

Su ascenso del Olivar nos recuerda que dejó una escena de sudor y lágrimas para el cielo y su hogar. Sus pies partieron del preciso punto adonde volverá, Hechos 1 Su última vista de los pies y las manos perforados de Cristo, ascendiendo a través de la nube Shekiná, es ahora la vista celestial de todos los que están en el paraíso, inclusive los discípulos que vieron su ascenso.

El Señor ha subido y se ha sentado. ¿Esos hombres se dieron cuenta de que a partir de ese momento el cielo había cambiado para siempre? Un verdadero Varón había entrado el paraíso. A diferencia de Enoc y Elías, nuestro Señor ascendió en el poder de un cuerpo glorificado. Sin someterse a la ley de gravedad, y en desafío del príncipe del poder del aire, Él ascendió a lo alto y se sentó, muy encima de príncipes, poderes y dominios, y todo nombre que se nombra. El Hijo está glorificado y exaltado. La justicia de Cristo, que los hombres rechazaron o dejaron de ver y reconocer, queda probada ahora. El Padre ha recibido al Justo y el cielo está listo para recibir a todos aquellos que creen en su obra consumada en el Calvario.

Ya que Él ascendió con su propio cuerpo glorificado, todo cuerpo redimido ascenderá y entrará también, “para que donde yo estoy, vosotros también estéis”. Esta es la promesa a la totalidad de la persona salvada, no sólo al alma. Por cuanto el Precursor ha entrado, millones de almas ya lo han seguido y ahora están en el cielo.

Las montañas de Dios

Hemos notado que el monte de los Olivos y el monte Sion tienen características claramente celestiales. Es significativo que la primera mención de Dios en las Escrituras sea Moriah, que, como también hemos observado, devino en el monte de la provisión de Jehová. Horeb se llama el monte de Dios por su vínculo con la ley divina, e Isaías escribe del “futuro” monte el Señor. Satanás estaba en el monte santo de Dios antes de pecar. Estas y otras escrituras confirman que a menudo el cielo, o asuntos relacionados, están simbolizados en las montañas de la Biblia. Génesis 22, Ezequiel y 20, Isaías 2, 11 y 66

Es significativa también la asociación del Señor tenía con las montañas cuando aquí en la tierra. “Él fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios”. “Después subió al monte, y llamó a sí los doce discípulos”. El monte Calvario era una colina sin vegetación fuera de la puerta norte de Jerusalén, y allí Él “padeció fuera de la puerta”. “Los once discípulos se fueran a Galilea, al monte donde Jesús los había ordenado”. Lucas 6, Mateo 14, 5 y 28, Marcos 3, Hebreos 13

Hemos mencionado el monte de la transfiguración, que es tal vez la mejor afirmación de los ocupantes actuales del cielo. Dos visitantes celestiales se reúnen con el Señor Jesús en el monte para hablar con Él. Moisés y Elías fueron vistos por Pedro, Jacobo y Juan, y sin duda son la confirmación de personas que ya están en el cielo “desnudados” (al decir de 2 Corintios 5). Todas esas personas recibirán cuerpos incorruptibles e inmortales en la resurrección, y serán “revestidos”, hechas una creación completa, nueva y glorificada.

Se cuenta de un muchacho que quería conocer a un rey benigno y su vasto reino. Caminó muchos kilómetros, pero el guardián a la puerta lo negó entrada. Estando él sentado afuera, llorando, se acercó otro muchacho, quien preguntó cuál era el problema. Le contó de su larga caminata y cuánto quería ver al Rey y su reino. El segundo lo consoló y prometió darle una gira del reino y presentarlo al Rey. “¿Pero cómo?” preguntó el que lloraba. “Porque soy su hijo”, fue la respuesta. Así es que nosotros no teníamos ningún acceso al Rey y a su reino, pero el Hijo del Rey vino adonde estábamos. Vamos a explorar el mayor de los reinos, guiados por Aquel que es nuestro Salvador, Señor y Amigo.